

Historia de la Rusia Soviética
E. H. Carr

La Revolución Bolchevique (1917-1923)

2.



Alianza
Universidad

Alianza Universidad



E. H. Carr

The Boppearts
A History of 7

Historia de la
Rusia Soviética

La Revolución Bolchevique (1917-1923)

2. El orden económico

E H Carr
Alianza Universidad
Título original:
A History of Soviet Russia.
The Bolshevik Revolution 1917 - 1923, 2

La Revolución
Bolshevik (1917-1923)
H. Orduna
Georgijevic

© MacMillan & Co., 1950
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1972, 1974
Calle Milán, n.º 38; T 200 0045
ISBN 84-206-2996-0 (obra completa)
ISBN 84-206-2019-X (tomo II)
Depósito legal: M. 30.892-1973
Cubierta: Daniel Gil
Impreso por Ediciones Castilla, S. A., Maestro Alonso, 21, Madrid
Printed in Spain

INDICE

3. Tropas y milicias	3
4. Comercio y agricultura	4
5. Pioneros	5
22. Los comunistas de la burguesía	22
23. Note C: Marx, Engels y el desarrollo del comunismo	23
24. Note D: El comunismo oportuno tras las elecciones	24
25. Los soviets	25
26. Tipos de gubernaturas bolcheviques	26
27. Tipos sanguíneos	27
Prefacio	9
Cuarta parte: El orden económico	13
15. Teorías y programas	15
16. El impacto de la revolución	39
1. Agricultura	39
2. Industria	67
3. Trabajo y sindicatos	111
4. Comercio y distribución	127
5. Finanzas	143
17. Comunismo de guerra	159
1. Agricultura	159
2. Industria	185
3. Trabajo y sindicatos	210
4. Comercio y distribución	240
5. Finanzas	258
18. Del comunismo de guerra a la NEP	281
19. La NEP: los primeros pasos	293
1. Agricultura	293
2. Industria	310



8. Libro original

A 3. Trabajo y sindicatos	331
4. Comercio y distribución	345
5. Finanzas	358
20. Los comienzos de la planificación	375
Nota C: Marx, Engels y el problema del campesino	399
Nota D: El control obrero sobre los ferrocarriles	411
Lista de abreviaturas	415
Tabla de equivalencias aproximadas	417
Indice alfabético	419

EDM Indice

PREFACIO

101

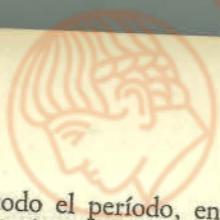
De todas las críticas que se han hecho al primer volumen de esta obra, la que suponía la acusación más convincente era la de que había yo invertido el orden material, al explicar las disposiciones y medidas políticas y constitucionales de los primeros años del régimen soviético antes de tratar de las condiciones económicas que las determinaron y, en gran parte, explicaron. La aparición del segundo volumen, un año después de la del primero, permitirá ahora que se examinen paralelamente los dos temas interconectados, pues no estoy nada convencido de que, al plantearse elección tan difícil, hubiera facilitado las cosas embarcándose en los complejos desarrollos económicos de este período sin establecer primeramente el marco político en el que tuvieron lugar. Incluso ahora la pintura no resulta completa, puesto que las relaciones exteriores mantenidas por la Rusia Soviética durante estos años han quedado reservadas para su inclusión en un tercer volumen que ha de publicarse el año próximo.

Dentro del presente volumen se presentan también difíciles problemas de distribución. Aunque cada parte de una economía es dependiente de la otra, era evidentemente necesario dividir aquí la economía soviética en sus principales sectores; lo que era menos claro era la necesidad de una división también por períodos dentro del período principal abarcado por el volumen. A primera vista parecía que hubiese sido preferible examinar el desarrollo, digamos, de la



Residencia
de Estudiantes

10



El orden económico

agricultura a través de todo el período, en un único capítulo. Pero puesto que el período incluía tres subperíodos con características marcadamente diferentes —el período de la Revolución misma, el período del comunismo de guerra y la primera etapa de la NEP— me decidí finalmente por una división cronológica en capítulos, examinando por turno cada sector de la economía en cada uno de los tres capítulos dedicados a estos períodos. El índice facilita las cosas para el lector, pues, si lo prefiere, puede adoptar el curso alternativo de seguir la historia, por ejemplo, la agricultura a través de todo el volumen sin desviarse a las secciones interpuestas sobre la industria, las finanzas, etc.

Hay, sin embargo, otro problema que puede requerir una pequeña explicación, y es el del punto en el cual ha de terminarse el volumen. El propósito general de esta primera remesa o entrega de la historia, compuesta de tres volúmenes, era llegar aproximadamente hasta el momento en que Lenin se retira de la escena y comienza la lucha por la sucesión. En el primer volumen, la creación de la URSS, la aprobación de su Constitución y la abolición del Comisariado del Pueblo para las Nacionalidades en julio de 1923, constituyan un punto final adecuado. Pero en el segundo volumen el momento correspondiente se produce ligeramente más tarde; la culminación de la primera fase de la NEP se alcanzó en el invierno de 1922-23 y el duodécimo Congreso del partido se reunió en abril de 1923 —un mes después de producirse el hecho de la incapacidad total de Lenin— bajo la amenaza de una inminente crisis económica, que estaba ya obligando a los dirigentes rivales a tomar posiciones. Por consiguiente, en este volumen me he detenido justamente antes de dicho congreso, excepto en el último capítulo sobre «Los comienzos de la planificación». En este caso, las discusiones que tuvieron lugar en el congreso supusieron más bien una recapitulación de las primeras controversias que la apertura de un nuevo debate y se han incluido, por tanto, en este capítulo.

Casi todos aquellos a quienes expresé mi agradecimiento en el prefacio del primer volumen me han ayudado de un modo u otro en la preparación de su sucesor; además de ellos, don Mauricio Dobb me suministró amablemente algunos libros de su biblioteca, que de otro modo me hubieran sido inaccesibles, y la señora Dewar, del Real Instituto de Asuntos Exteriores, me permitió generosamente hacer uso del material que ella había colecciónado para un proyectado estudio sobre la política laboral soviética. Estoy especialmente en deuda con don Isaac Deutscher por haber puesto a mi disposición las notas que tomó de los archivos inéditos de Trotki que se conservan en

Prefacio Guarta Parte

11

la Biblioteca Widener de la Universidad de Harvard. A ellos y a todos los demás que me han ayudado, o me han aconsejado en la búsqueda de materiales y en la redacción de este volumen, quiero expresar una vez más mis gracias más sinceras. Tengo que añadir solamente que al final del tercer y último volumen se publicará una bibliografía completa.

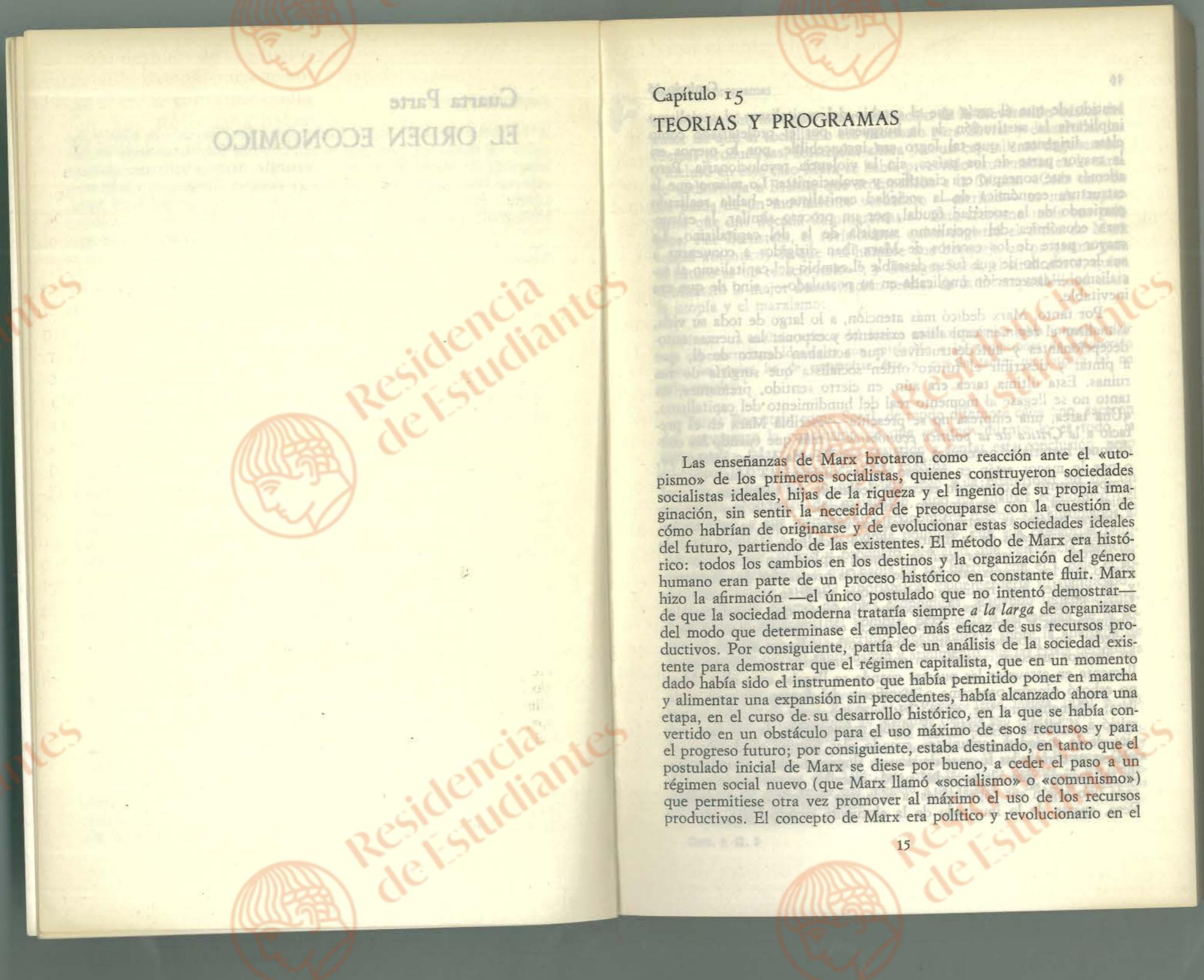
E. H. Carr

5 junio 1951





EL ORDEN ECONOMICO



Capítulo 15

TEORIAS Y PROGRAMAS

Las enseñanzas de Marx brotaron como reacción ante el «utopismo» de los primeros socialistas, quienes construyeron sociedades socialistas ideales, hijas de la riqueza y el ingenio de su propia imaginación, sin sentir la necesidad de preocuparse con la cuestión de cómo habrían de originarse y de evolucionar estas sociedades ideales del futuro, partiendo de las existentes. El método de Marx era histórico: todos los cambios en los destinos y la organización del género humano eran parte de un proceso histórico en constante fluir. Marx hizo la afirmación —el único postulado que no intentó demostrar— de que la sociedad moderna trataría siempre *a la larga* de organizarse del modo que determinase el empleo más eficaz de sus recursos productivos. Por consiguiente, partía de un análisis de la sociedad existente para demostrar que el régimen capitalista, que en un momento dado había sido el instrumento que había permitido poner en marcha y alimentar una expansión sin precedentes, había alcanzado ahora una etapa, en el curso de su desarrollo histórico, en la que se había convertido en un obstáculo para el uso máximo de esos recursos y para el progreso futuro; por consiguiente, estaba destinado, en tanto que el postulado inicial de Marx se diese por bueno, a ceder el paso a un régimen social nuevo (que Marx llamó «socialismo» o «comunismo») que permitiese otra vez promover al máximo el uso de los recursos productivos. El concepto de Marx era político y revolucionario en el

sentido de que él creía que el cambio del capitalismo al socialismo implicaría la sustitución de la burguesía por el proletariado como clase dirigente y que tal logro era inconcebible, por lo menos en la mayor parte de los países, sin la violencia revolucionaria. Pero además este concepto era científico y evolucionista. Lo mismo que la estructura económica de la sociedad capitalista se había realizado partiendo de la sociedad feudal, por un proceso similar, la estructura económica del socialismo surgiría de la del capitalismo. La mayor parte de los escritos de Marx iban dirigidos a convencer a sus lectores, no de que fuese deseable el cambio del capitalismo al socialismo —aseveración implicada en su postulado—, sino de que era inevitable.

Por tanto, Marx dedicó más atención, a lo largo de toda su vida, a analizar el régimen capitalista existente y exponer las fuerzas auto-decepcionantes y autodestructivas que actuaban dentro de él, que a pintar y describir el futuro orden socialista que surgiría de sus ruinas. Esta última tarea era aún, en cierto sentido, prematura, en tanto no se llegase al momento real del hundimiento del capitalismo. «Una tarea, una empresa no se presenta —escribió Marx en el prefacio a la *Critica de la política económica*— más que cuando las condiciones materiales necesarias para que sea llevada a cabo existen ya, o por lo menos están en proceso de ser suscitadas.» Marx era por temperamento y convicción enemigo declarado del utopismo en cualquier forma, y su pensamiento estuvo siempre teñido por esas sus primeras polémicas contra los socialistas utópicos, que se entretenían en visiones irreales de la futura sociedad socialista. Hacia el final de su carrera, en *La guerra civil de Francia*, explicó con acentuado desprecio que los obreros carecían «de utopías preparadas de antemano» y de «ideales que realizar»; sabían que tendrían «que pasar por largas luchas, por series de procesos históricos que transformarían circunstancias y hombres». Esta creencia en la transformación de la sociedad por procesos históricos inmanentes y lentos alentó lo que, en algunos aspectos, parecía un enfoque empírico consistente sencillamente en atravesar las puertas cuando se llegaba ante ellas. Marx no esbozó ningún programa o manifiesto del futuro régimen socialista; solamente una vez, en su *Critica al programa de Gotha*, se permitió a sí mismo expresar una visión momentánea de «la fase más alta de la sociedad comunista» cuando «las fuerzas productivas alcancen su cima y las fuentes de riqueza fluyan en plena abundancia», de tal manera que «la sociedad pueda inscribir en su bandera: «De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades.» Pero, aparte de lo inusitado de la elocuente terminología, esto no

Teorías y programas

17

suponía mucho más que una reafirmación de la aseveración básica del autor de que el socialismo era necesario para liberar y desarrollar las fuerzas productivas, frustradas ahora por un capitalismo degenerado; e incluso en este caso Marx se había precavido cautamente en la carta de dedicatoria a Brakke que acompañaba a la *Critica*. «Cada uno de los pasos de un movimiento verdadero —escribió— es más importante que una docena de programas.»¹ Este aforismo tenía sus peligros. Fue Bernstein, el revisionista, quien registró el dicho de Marx (quizá auténtico) de que «el hombre que bosqueja un programa para el futuro es un reaccionario»², y Georges Sorel, el sindicalista, quien suministró la mejor demostración teórica de la incompatibilidad entre la utopía y el marxismo:

Ofrecer un análisis teórico del futuro orden económico sería intentar erigir una superestructura ideológica con antelación a las condiciones de producción sobre las cuales ha de construirse ésta y, por lo tanto, un intento tal no sería marxista.³

Tanto Bernstein como Sorel, de modo diferente cada uno, sacaron del argumento la conclusión de que «el movimiento lo es todo, la meta nada». Marx se hubiera resistido a sentar esta conclusión, pero su actitud le prestó apoyo en cierta medida.

Por consiguiente, lo que Marx legó a la posteridad no fue un programa económico del socialismo, sino un análisis económico del capitalismo, y sus instrumentos económicos fueron los apropiados al sistema capitalista. «La economía política», con sus categorías familiares de valor, precio y producto, era algo que pertenecía esencialmente al capitalismo y que había de ser barrido con él.⁴ Bajo el socialismo, incluso la teoría laborista del valor perdería su significado⁵, y el concepto mismo de leyes económicas, actuando independientemente de la voluntad del hombre, pertenecía a la esencia de la sociedad capitalista. Marx escribió repetidamente sobre la anarquía de la producción bajo el capitalismo, y argumentó que las crisis periódicas

¹ Marx i Engels, *Sochineniya*, xv, 267.

² Citado en G. Sorel, *Reflections on Violence* (trad. inglesa, 1916), p. 150.

³ G. Sorel, *Décomposition du Marxisme* (tercera ed., 1925), p. 37.

⁴ Por otro lado, Engels definió una vez «la política económica en el sentido más amplio» como «la ciencia de las leyes que gobiernan la producción y cambio de los medios materiales de subsistencia en la sociedad humana» (Marx i Engels, *Sochineniya*, xiv, 149); esta frase fue citada después en las controversias de los años veinte con respecto a la validez de las leyes económicas bajo un sistema de planificación.

⁵ *Ibid.*, xv, 273.